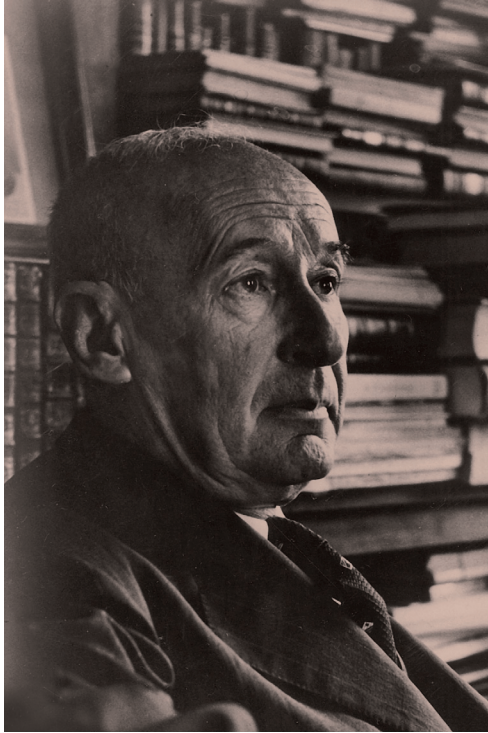


JULIO TORRI

Obra completa





FOTOGRAFÍA: Archivo iconográfico del FCE.

Julio Torri nació en Saltillo, Coahuila, en 1889. Estudió derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia e hizo el doctorado en letras en la UNAM. Junto con Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y otros escritores integró el Ateneo de la Juventud. Al ocupar José Vasconcelos la Secretaría de Educación Pública, Torri, como director del Departamento Editorial, publicó la bien conocida colección de autores clásicos universales. Fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria durante 36 años y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM hasta 1964. Perteneció desde 1952 a la Academia Mexicana de la Lengua. Murió en la Ciudad de México en 1970.

LETRAS MEXICANAS

Obra completa

JULIO TORRI

Obra completa

Edición de

SERGE I. ZAITZEFF



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2011

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

Torri, Julio

Obra completa / Julio Torri ; ed. de Serge I. Zaitzeff. — México : FCE, 2011

713 p. ; 23 × 17 cm – (Colec. Letras Mexicanas)

Contiene: apéndices y bibliografía

ISBN 978-607-16-0621-1 (rústica)

ISBN 978-607-16-0622-8 (empastada)

1. Literatura mexicana — Siglo XX I. Zaitzeff, Serge, ed. II. Ser. III. t.

LC PQ7297

Dewey M868 T826o

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0621-1 (rústica)

ISBN 978-607-16-0622-8 (empastada)

ISBN 978-607-16-4529-6 (electrónico-pdf)

ISBN 978-607-16-1038-6 (electrónico-epub)

Impreso en México • Printed in Mexico

SUMARIO

El arte de Julio Torri, por SERGE I. ZAITZEFF • 9

Nota editorial • 93

Tres libros • 95

Diálogo de los libros • 223

El ladrón de ataúdes • 583

Apéndice I. Otros textos dispersos • 641

Apéndice II. Borradores • 657

Bibliografía e índice • 673

EL ARTE DE JULIO TORRI

por SERGE I. ZAITZEFF

I. VIDA LITERARIA DE JULIO TORRI

A los veinte años de edad, siendo estudiante de segundo año en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el coahuilense Julio Torri se une como socio numerado al nuevo Ateneo de la Juventud (1909) junto con el igualmente joven Alfonso Reyes, Mariano Silva y Aceves, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, entre otros. Aunque ya se le había despertado la vocación literaria en su estado natal, le hacía falta el estimulante contacto con espíritus afines para que ésa floreciera. Son precisamente sus compañeros ateneístas, en particular Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, los que dejarán huellas profundas en la formación intelectual de Torri. Sobre todo encuentra en ellos un modelo de seriedad y disciplina. Sus propias lecturas, amplias pero desordenadas antes de trasladarse a la Ciudad de México en 1908, ahora se hacen más sistemáticas gracias a la decisiva influencia del maestro dominicano, quien especialmente lo dirige hacia las letras inglesas. Durante esa época estudiantil Torri se va apasionando, no por su carrera, sino por el mundo de los libros. Incesantemente, aun durante sus vacaciones en Torreón, se entretiene traduciendo textos del latín y del inglés, leyendo a los clásicos españoles y antiguos y escribiendo prosas fantásticas o diálogos. Con éstos, publicados en *El Mundo Ilustrado* entre 1910 y 1911, el joven escritor entra activamente en la vida literaria capitalina. No obstante, sus otras colaboraciones (cuento, artículo, reseña, ensayo, traducción) serán más bien esporádicas hasta que se reciba de abogado en 1913. Es de notar que ya empieza a sentir la frustración de tener que ganarse la vida con empleos vulgares que lo alejan penosamente de lo que importa. Así describe su situación en 1912: “Continúo suicidándome lentamente en una terrible oficina, donde trabajo ocho horas diarias. Dentro de algunos meses los libros serán para mí un dulce recuerdo de juventud”.¹ Por otra

¹ Carta a Pedro Henríquez Ureña, 14 de abril de 1912. Véase la correspondencia entre Julio Torri y Pedro Henríquez Ureña en la edición de Julio Torri, *Epistolarios*, UNAM, México, 1995.

parte, el alto concepto del arte que ya posee lo hace poco tolerante de cierto ambiente que ha surgido en México: “Por pereza o tropical indiferencia nuestra se nos ha venido encima una plaga de aventureros, periodistas, etc., que casi nos han vuelto irrespirable el arte”.² Es tanta su insatisfacción que si no hubiera sido por motivos de familia, ya se habría marchado del país. Este profundo sentimiento de desilusión se intensifica aún más con la dispersión del grupo ateneísta y sobre todo con la partida de su querido amigo Alfonso Reyes en julio de 1913. Torri se queda, pues, casi solo y se refugia en el silencio y la esterilidad (“Yo soy el más estéril de todos”).³ Colecciona epígrafes, ocupa el cargo de secretario particular de Jesús T. Acevedo (director de Correos), es profesor de literatura española en altos estudios pero en el fondo se muere “de la más negra tristeza”.⁴ Su descubrimiento de *Gaspard de la Nuit* y sus propias incursiones en el poema en prosa le permiten escapar del caos político. Pero casi no publica nada entre 1914 y 1916. Son años difíciles para el país y para Torri, quien siente hondamente la ausencia de don Alfonso y don Pedro. Al salir este último, según admite Torri, “se acabaron para nosotros los descubrimientos de autores ingleses. Desapareció también toda exigencia de cultura”.⁵ Le resulta doloroso vivir en un ambiente incapaz de satisfacer sus enormes ansias intelectuales, en un ambiente político totalmente abyecto. Sus confidencias a su íntimo amigo Pedro Henríquez Ureña ofrecen al respecto un raro y revelador testimonio: “Tengo náuseas horribles. Se han descubierto crímenes atroces de Huerta. Nada puede superar en bajeza y maldad a una tiranía militar. En fin, Pedro, que tenemos los ojos cansados de espectáculos repugnantes”.⁶ Inconforme con todo lo que lo rodea, Torri se sumerge en sus amados libros (“Leo mucho. No hago otra cosa”)⁷ y se vuelve un desterrado en su propio país. Entre los otros “exiliados” que comparten con él las mismas angustias (y aspiraciones) y con quienes se reunía “casi diariamente” en esa época se destacan Carlos Díaz Dufoo Jr. y Mariano Silva y Aceves. Juntos leían a Hegel, a Wells, así como las cartas tan esperadas del maestro dominicano, quien desde el extranjero seguía guiando a sus compañeros mexicanos.

A diferencia de Reyes, quien para 1914 ya había dado a la imprenta

² Carta a Pedro Henríquez Ureña, 14 de abril de 1912.

³ Carta a Alfonso Reyes, 27 de octubre de 1913. Véase *Diálogo de los libros*.

⁴ Carta a AR, 24 de diciembre de 1913.

⁵ Carta a PHU, 14 de mayo de 1914.

⁶ *Idem*.

⁷ *Idem*.

varios títulos, el desconfiado Torri todavía no se animaba a publicar ningún libro o porque aún no había “bastantes flores raras y curiosas en [su] jardín”.⁸ Por lo visto Torri es un escritor exigente y selecto que sólo aspira a crear obras originales y perfectas (“después de los 25 años, debe sólo publicarse libros perfectos”).⁹ Además de su devoción a la literatura, descubre también por esos años su vocación de enamorado y su afición al tenis.¹⁰ Pero con todo, no lo abandonan un sentimiento de soledad y sus ganas de emigrar. En 1915, de hecho, aun se separa de algunos de sus preciosos libros (Pater, Shaw, Goethe) pero no alcanza a reunir suficiente dinero para viajar a California. Por los mismos motivos no puede aceptar el puesto que le ofrece Henríquez Ureña en Nueva York. Sin esperanza de cambiar su vida se resigna a permanecer en México con sus clases mal pagadas, sus líos amorosos y sus amigos, en cuya compañía lee ávidamente a los ensayistas ingleses. Tal vez como resultado de estas lecturas su melancolía se tiñe ahora de un fino humorismo. En alguna ocasión, por ejemplo, describe a una alumna suya en Altos Estudios con las siguientes palabras: “una señorita, que sólo usa sombrero cuando va a mi clase, y que asiente a cuanto digo, aun antes de que yo mismo sepa lo que voy a decir”.¹¹ Igual actitud humorística, pero con algo de tristeza, aparece en la descripción de una conferencia suya: “El público lo componían, mi hermano Enrique, un pariente remoto y olvidado, el mozo que barre el salón, y un niño desconocido, de nueve años, que llegará a ser un genio, sin duda. Fracaso en todo”.¹²

A partir de 1916 se rompe el silencio de Torri con la publicación en la editorial Cvltvra de una antología de Andersen, algunas reseñas (firmadas con el seudónimo de *Mr. Bunbury*) para *Revista de Revistas*, un artículo para *El Universal* y sobre todo con su participación en una “aventura de seriedad”, es decir, la malograda revista *La Nave*. En el único número que vio la luz, Torri publica, fuera de varias notas bibliográficas, un “mediano ensayo sobre temas

⁸ Carta a PHU, 22 de octubre de 1914.

⁹ *Idem*.

¹⁰ En carta a PHU (4 de enero de 1917) Torri le comunica su entusiasmo por el tenis, por ser éste “el menos artificial de los paraísos posibles”. Y luego prosigue: “es una adquisición tan valiosa como el ensayo inglés. Por su simplicidad, se sorprende uno de que no haya sido inventado por los griegos. Todos los juegos son más o menos un remedo de la guerra, pero el tenis se parece más a una conversación, a una conversación demasiado viva y de respuestas rápidas y regulares”.

¹¹ Carta a PHU, 15 de septiembre de 1915.

¹² Carta a PHU, febrero de 1916.

antiguos de nuestras conversaciones”.¹³ De alguna manera *La Nave* prometía ser la revista de Torri y su generación¹⁴ y tal vez por eso quiso tanto salvarla. Con urgencia le pide a Henríquez Ureña que consiga colaboraciones de Vasconcelos y Reyes para el próximo número y le advierte que “Si no nos ayudáis los de fuera, perecerá *La Nave*”.¹⁵ En efecto, perseguido por la sombra del fracaso, se frustra este desesperado intento de juntar a una generación dispersa y en cierto sentido perdida. Con *La Nave* naufraga el ideal de crear una “gran revista literaria” en un país que todavía no estaba preparado para tal empresa cultural.¹⁶

Tal vez consciente de la desilusión que Torri acababa de experimentar, su amigo dominicano juzga imperativo darle este valioso consejo: “Insisto en que publiques tu libro cuanto antes... Guerra a los escritores que no escriben”.¹⁷ Sin vacilar, pero con prudencia, el tímido escritor acata las palabras del maestro y amigo: “Pienso publicar un libro el año que viene, cuando reúna cinco, por lo menos, ensayos como *Beati qui perdunt* y *En elogio del espíritu de contradicción*, y veinte o veinticinco poemas en prosa y ensayos cortos, a manera de *Del epígrafe* y de *A Circe*. Creo que apresurarme en este sentido, y publicar precipitadamente sería un disparate”.¹⁸

Se trata de *Ensayos y poemas*, pequeño libro que aparecerá en agosto de 1917 y que Torri mismo ha descrito de la siguiente manera: “Es libro de pedacera, casi de cascajo. No puedo hacer nada de *longue haleine*. Tengo por ello mucho despecho, como puede verse en el dicho libro. Temo que haya en él demasiada petulancia para nuestros paladares estragados”.¹⁹ El mismo año continúan sus colaboraciones con *Cvltvra* a pesar del poco aprecio que le tenía a Agustín Loera y Chávez y desempeña múltiples (y a veces infames) empleos para sobrevivir. Como para rebelarse contra la mediocridad imperante decide ordenar “trabajosamente” su vida y dedicarse a su desarrollo intelectual: “Necesito estudiar mucho, rehacer mi cultura, refrescar el stock de

¹³ Carta a PHU, febrero de 1916. Aquí se alude al texto titulado “Beati qui perdunt...!” (*Ensayos y poemas*).

¹⁴ Colaboraron en *La Nave* Pedro Henríquez Ureña, Carlos Díaz Dufoo Jr., Mariano Silva y Aceves, Pablo Martínez del Río (director) y Xavier Icaza Jr., entre otros.

¹⁵ Carta a PHU, 16 de mayo de 1916.

¹⁶ Es útil tener en cuenta que aun revistas menos literarias como *Gladios* (1916) y *Pegaso* (1917) se extinguieron a los pocos meses.

¹⁷ Carta a JT, 9 de agosto de 1916.

¹⁸ Carta a PHU, 23 de agosto de 1916.

¹⁹ Carta a AR, 13 de diciembre de 1916.

mis citas. No me abandona la desconfianza en mí mismo, y a veces me siento y encuentro extraordinariamente *snobish*".²⁰ Es curioso notar que aun después del éxito que tuvo *Ensayos y poemas* entre los conocedores de buena literatura²¹ Torri sigue con esta misma inseguridad y, haciendo poco caso de los consejos de Reyes, prefiere "aislarse del vulgo".

Hasta la aparición en 1921 de nuevas revistas como *México Moderno* y *El Maestro*, las cuales darán a conocer páginas inéditas de Torri, éste sólo prepara algunos trabajos de índole erudita.²² Su obra de creación, en cambio, sufre debido a las insaciables exigencias de la burocracia y la enseñanza: "Yo tampoco escribo, a pesar de algunos buenos temas que me ocurren".²³ Combate la pobreza y la frustración soñando con un viaje imposible a Europa con el fin de estar nuevamente al lado de su inolvidable Alfonso. Este viaje es la inalcanzable esperanza de un hombre en total desacuerdo con la época en que le tocó vivir. Él mismo ha reconocido su fundamental condición de inadapitado: "Estamos hechos para un mundo en que las cosas fueran más perfectas, el ambiente menos resistente a nuestros esfuerzos".²⁴ En el fondo Torri es un soñador idealista ávido de belleza, inteligencia y evasión. Pero, pese a su soledad e inconformidad, no es un romántico altanero y amargo sino un hombre humilde que lo contempla todo con irónico escepticismo y hasta humor. A los treinta años le confiesa a Reyes: "Vivo pues muy solitariamente pero sin melancolía ni sentimientos depresivos, te lo juro".²⁵ Es de notar que en esta época de más optimismo Torri empieza a colaborar con José Vasconcelos en un bufete de abogados ("esta innoble profesión") y en la Universidad Nacional Autónoma de México junto con otros escritores como Mariano Silva y Aceves, Manuel Toussaint, Francisco González Guerrero y "el poetita" Carlos Pellicer. Al mismo tiempo anda locamente enamorado, descubre el mar ("La espuma de los arrecifes es la blanca ropa al sol, de las sirenas"),²⁶ medita mucho, escribe poco y llena su casa de libros. De buenos libros y amigos vive Torri. Y como

²⁰ Carta a PHU, 4 de enero de 1917.

²¹ Para una visión de la recepción crítica de que fue objeto toda la obra de Torri véase la "Introducción" a nuestro *Julio Torri y la crítica*, UNAM, México, 1981, pp. 7-20.

²² Véase la "Bibliografía directa" para una lista completa de las publicaciones de Torri. Cabe aclarar que *Ensayos y fantasías* (1918), publicado gracias a Alfonso Reyes, no es un nuevo libro sino una edición muy reducida de *Ensayos y poemas*.

²³ Carta a PHU, 12 de julio de 1918.

²⁴ Carta a AR, febrero de 1918.

²⁵ Carta a AR, 19 de febrero de 1920.

²⁶ Carta a AR, 26 de diciembre de 1920.

siempre, Reyes no se cansa de impulsarlo a publicar y lo invita (en vano) a colaborar en diversas revistas extranjeras. Torri, por su parte, se siente satisfecho con el inmenso éxito de los clásicos que edita con Vasconcelos y gracias a éste hace un viaje al Brasil en 1922. Poco a poco Torri se reconcilia con su destino (“estoy completamente consolado de no ser lo que no soy”) y espera llevar, después de haber tenido su “espíritu esclavizado por la carne”,²⁷ una vida algo más apacible. No obstante, pese a esas intenciones, se reanudan con gran vitalidad sus “líos con feas complacientes” así como sus idilios, y de nuevo se rompe la breve estabilidad de que pudo disfrutar entre 1921 y 1925 como director del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública. En efecto, por encima de sus clases, vuelve a ocupar innumerables puestos insignificantes y efímeros como abogado, corrector de estilo y hasta inspector de Solfeo y Masas Corales.

Sus colaboraciones en las revistas de México siguen siendo poco frecuentes, aunque es cierto que casi cada año Torri escoge de entre sus papeles alguno que otro texto para su publicación. Con lentitud pero con notable perseverancia Torri va destilando sus perfectas y originales prosas. A veces le confía a Reyes vislumbres de esta actividad casi secreta: “Con la ociosidad he vuelto a escribir un sinnúmero (diez o doce), pequeñas cosas que alguna vez te enviaré. Son historias con fondo mexicano remoto, de casos y sucesos curiosos”.²⁸ No obstante, pasan los años y no aparece otro libro suyo (aunque en 1929 estaba a punto de mandarle a Reyes un “pequeño libro” que éste le había pedido para los Cuadernos del Plata) ni viaja a Europa ni se casa. Pero, en cambio, sin proponérselo Torri ya había creado su propia leyenda: por un lado, la figura del hombre solitario encerrado en su biblioteca que empezaba a tapizarse de rarísimos libros numerados y aun perfumados, y por otro, la del infatigable y simpático cazador de doncellas para quien las “ridículas y miserables aventurillas [eran] la sal de [su] vida”.²⁹ Con auténtico deleite y fina burla Torri sigue las novelescas intrigas de este “tenorio de feas” que ansiosamente corre a sus citas amorosas por las calles de México y que a menudo acaba por permanecer “largas horas de plantón en la esquina de algún barrio pintoresco”.³⁰ Como por encantamiento, dejando atrás sus libros de latín y

²⁷ Carta a AR, octubre de 1923.

²⁸ Carta a AR, 10 de septiembre de 1925.

²⁹ Carta a AR, febrero de 1929.

³⁰ *Idem.*

alemán, el serio y tímido profesor se transforma en el ardiente protagonista de su propia novela (no escrita). Sólo con la creación de “recuerdos curiosos y amables”³¹ llega Torri a evadir la desesperación a la cual podría haber fácilmente sucumbido.

El recuerdo del Ateneo fue también para Torri algo que lo salvó y lo incitó a sobrevivir en un ambiente que no le era propicio. Ante todo fueron las cartas de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes (testimonios de una fraternal amistad) las que hicieron posible la supervivencia de Torri como hombre y como escritor. Recordemos que su primer libro se hace realidad gracias a la saludable y firme influencia de su amigo dominicano. Por otra parte, debido a la insistencia de su otro amigo ateneísta se materializa en 1940 su segundo libro, *De fusilamientos*.³² De hecho, es Reyes quien lo estimula (“te ruego que desde ahora mismo te pongas a ordenar tus papeles. Me darás una gran alegría”)³³ y quien, además, le publica el breve tomo en la editorial La Casa de España. Hasta 1964 el nombre de Torri se va esfumando poco a poco de las revistas literarias y se cierra su larga trayectoria como escritor con la publicación de *Tres libros*.³⁴ En este magro volumen que edita el Fondo de Cultura Económica se juntan sus dos únicos libros a los cuales Torri decide agregar un manojito de páginas dispersas³⁵ y otras inéditas. Una vez hecha su despedida del mundo literario Torri se encierra en la soledad de su espléndida biblioteca, se rodea de bellos gatos y con característico estoicismo espera la muerte. En 1970 desaparece silenciosamente Julio Torri, el sensitivo traductor de Heine y Pascal, el fiel amigo, el humilde maestro de literatura española y francesa, el austero académico, el alegre ciclista, el ávido lector de Lamb y Rimbaud, el coleccionador de epígrafes, el tímido seductor, el irónico observador, el suave humorista y sobre todo el creador de prosas cortas, depuradas, innovadoras.

³¹ Carta a AR, febrero de 1929.

³² Cabe notar que una segunda edición de *Ensayos y poemas* aparece en 1937.

³³ Carta a JT, 30 de abril de 1940.

³⁴ También se publica en 1957 una breve *Antología* de la obra de Torri. En cuanto a su producción como erudito hay que mencionar, además de sus prólogos, su libro *La literatura española* (1952).

³⁵ En *Diálogo de los libros* hemos reunido los textos que todavía quedaban dispersos.

II. IDEALES ESTÉTICOS

1. *El oficio de escritor*

En la obra misma de Julio Torri es posible rastrear suficientes pensamientos y alusiones al quehacer literario para poder formular algunas normas de su estética. Conforme a su confesada aversión a las explicaciones no hay, desde luego, una elaborada y sistemática presentación de su doctrina artística pero ello no implica que él haya estado inconsciente de sus propios ideales. De hecho, como veremos, Torri ha dejado a lo largo de su reducida obra una rica fuente de observaciones que revelan una lúcida conciencia de lo que se proponía hacer como escritor. Además, estos ideales corresponden fielmente a los rasgos más característicos de los textos que quiso publicar. Es decir, existe una estrecha relación entre la doctrina y la realización.

Ante todo, cabe señalar que se destaca en la obra que nos interesa una actitud esencialmente aristocrática frente al arte. Para Torri la verdadera creación artística necesita “algún alejamiento del vulgo” (p. 15).³⁶ Con toda claridad afirma que su propia producción no está dirigida a las masas que desprecia sino a una minoría selecta. Ya en sus primeros textos el autor había aludido a esta postura elitista. Así, en el “Diálogo de los murmuradores” uno de los personajes opina que no se debe escribir para el vulgo sino que, siguiendo el consejo de Oscar Wilde, “se debe escribir en vista de la eternidad”.³⁷ En otros momentos se ve que Torri se cansa rápidamente de los que carecen de imaginación y cultura y critica la repetición innecesaria en la conversación de ciertas personas así como la incomprensión de otras.³⁸ Es evidente que su alta capacidad intelectual le hace exigir de los demás el mismo rigor al cual está acostumbrado. Ahora, para acercarnos más a sus ideas estéticas conviene examinar su interesante ensayo crítico (dirigido contra Antonio Caso) titulado “La oposición del temperamento oratorio y el artístico”. Aquí se deplora en particular el hecho de que el orador no tenga convicciones artísticas ni conocimientos profundos. Para Torri, el orador es un ser frívolo, impulsivo y cambiante que se deja llevar por las emociones con el único fin de agra-

³⁶ Todas las páginas entre paréntesis se refieren a *Tres libros*, FCE, México, 1964.

³⁷ *El Mundo Ilustrado*, 19 de febrero de 1911, reproducido en *Diálogo de los libros*.

³⁸ Véase “Escocia, como patria espiritual”, *Revista de Revistas*, 5 de enero de 1913, p. 10, reproducido en *Diálogo de los libros*.

dar a un público insensible. Por contraste se sugiere que el verdadero artista tiene una misión de hondo alcance que no permite en ningún momento la frivolidad intelectual. En este mismo texto se revela también la profunda antipatía que siente Torri por las “sensibilidades ruidosas, por las naturalezas comunicativas y plebeyas” y por “las causas vanas y altisonantes” (p. 15). El repudio del énfasis y de la verbosidad será siempre una preocupación fundamental de este prosista.³⁹ Es apropiado observar que al incorporar este ensayo acerca de la oratoria a *Ensayos y poemas* se agrega el siguiente epígrafe de George Bernard Shaw el cual sintetiza admirablemente bien el pensamiento de Torri: “I don’t consider human volcanoes respectable” (p. 15). Repetidas veces, como en “De funerales”, se censura el género específico de la oratoria fúnebre por sus lugares comunes y su falsa emotividad. Asimismo se repudia en otras ocasiones la expresión inflada característica de los burócratas y periodistas. Dado este rechazo de la pomposidad, la retórica y la palabrería, es fácil entender el gusto que Torri ha manifestado por el estilo seco y concentrado. Este ideal estético ha sido reducido a una sola frase en una de las agudas “Meditaciones críticas”: “Ese garrapateado con falsas elegancias y perendengues de pésimo gusto, de estilo pomposo y vacuo, promueve simpatía para los que escriben con sequedad” (p. 125). Para Torri el abuso de la palabra es imperdonable y por lo tanto no deja de abogar por la sencillez de expresión. Cuando Carmen Galindo le pregunta acerca de su estilo, Torri lo describe de esta manera: “Estilo sencillo, lo más sencillo posible y procurando comunicar lo que me parece menos tonto”.⁴⁰

La admirable conciencia profesional de Torri exige del artista su total entrega. Nada debe interferir en la realización de la meta que se fija: “No proponerse fines secundarios en la vida: como posición social, dinero, buen nombre entre las gentes o amigos, etc. Su pan y su arte (Nietzsche). El artista tiene una orientación y vive por lo tanto dentro de la moral” (pp. 115-116). Pero Torri no puede tolerar la ambición desmesurada y la vanidad de ciertos escritores que se atreven a tratar todos los temas posibles con el solo fin de alcanzar la inmortalidad.⁴¹ Hay que reconocer que Torri mismo es el mejor ejemplo

³⁹ Es interesante notar que Ramón López Velarde exhibe la misma actitud en “La derrota de la palabra” (1916) cuando dice: “Desde luego, la vulgaridad de espíritu lleva a las gentes a declamar. Quien carece de vida interior, natural es que simule tenerla, matecando discursos teatrales”, Ramón López Velarde, *Obras*, edición de José Luis Martínez, FCE, México, 1971, p. 399.

⁴⁰ Carmen Galindo, “Julio Torri con sus propias palabras”, en *Julio Torri y la crítica*, p. 38.

⁴¹ Véase, por ejemplo, “Xenias”, p. 42.

de lo que para él debería ser un escritor, es decir, una persona humilde, sabia, exigente y sin afán de gloria. En varias ocasiones Torri se ha referido a la fama con suma desconfianza porque ésa tiende a surgir y decaer a raíz de opiniones falsas o vacías que poco tienen que ver con los valores intrínsecos de la obra misma. Desgraciadamente, según Torri, el escritor no deja de ser impotente ante los juicios que se emiten en torno a su arte. La fama, pues, resulta ser efímera y artificial. No sin cierto resentimiento pero con penetrante lucidez se alude en el breve texto “Cómo se deshace la fama de un autor” al triste destino del creador cuyas obras suelen caer en la incomprensión o el olvido:

Se comienza por elogiarle equivocadamente, por lo que no es principal ni característico en él; se le dan a sus ideas un alcance y una interpretación que él no sospechó; se le clasifica mal; se venden sus libros, que todos exaltan sin leerlos; se le aplican calificativos vacuos: el inevitable, el estimable, el conocido, el inolvidable, etc. Poco a poco disminuyen en revistas y libros las menciones y referencias a lo suyo. Finalmente se le cubre con la caritativa sombra del olvido. ¿Resucitará? [p. 122].

Indudablemente para Torri la labor literaria requiere la más alta dedicación y la mayor pureza. En unas cuantas líneas ha expresado algunas ideas que iluminan sus preferencias artísticas y sus propios principios. En efecto, una de las “Meditaciones críticas” ofrece en forma sintética lo que podría considerarse como su arte poético. Según éste se ve que el propósito de la literatura debe ser el de explorar con profundidad lo desconocido del alma para captar lo inefable. Influidido seguramente por las enseñanzas del simbolismo francés, Torri opta por los escritos que recrean ciertos estados de ánimo o ciertas vivencias fugaces. Luego prosigue con la idea de que le toca al artista intuir experiencias sutiles e insólitas que pueden conducir a una mayor comprensión del mundo. No se trata, pues, de un programa superficial y fácil, y por lo tanto se advierte que esta clase de literatura sólo interesará a un público restringido: “Verdades oscuras y densas, impenetrables a los muchos, y que hacen florecer la fantasía de los pocos” (p. 121). Como decíamos anteriormente, Torri se inclina definitivamente hacia un arte para minorías, un arte sutil que tan sólo sugiere lo fugaz y lo trascendental. El último aforismo de “Meditaciones críticas” condensa este concepto básico de la poética de Torri de esta manera: “Escribir hoy es fijar evanescentes estados del alma, las impresiones más rápi-

das, los más sutiles pensamientos” (p. 126). Para poner en práctica tal doctrina estética el escritor debe, además de ser dueño de una “firme voluntad”, adoptar la valiosa costumbre de siempre apuntar con la mayor prontitud toda idea que se le ocurra: “Escribir luego lo que pienses. Mañana ya será tarde. Tu emoción, tu pensamiento se habrán marchitado” (p. 126). Sin lugar a dudas Torri siguió su propio consejo al elaborar sus brevísimos textos, los cuales logran captar la intimidad de su vida interior.⁴² También ha explicado que su afición al epígrafe se debe al poder que tiene éste de sugerir “relaciones sutiles de las cosas”, así como de ofrecer una “misteriosa comunicación inmediata con la realidad” (p. 12). Por encima de todo Torri anhela afanosamente un arte esencial y profundo que no tolera ni lo retórico ni lo obvio. Así ha formulado otra vez su credo: “Hastío del fárrago literario y de la explicación, y de las concesiones y mutilaciones en provecho de la comunicación” (p. 12).

Notemos ahora otro aspecto: la aversión de Torri a los escritores de sentimiento sobre todo cuando éstos carecen de genio. De hecho, su propia obra se aleja de todo sentimentalismo superficial para buscar la auténtica expresión del alma humana. Sus comentarios sobre la novela revelan, por otra parte, una inclinación hacia cuestiones morales o filosóficas. Se ve que Torri cree firmemente en el poder moral del arte sobre el hombre e insiste por eso en que la novela debe influir positivamente en la vida humana. Así, repudia tanto lo perverso como lo negativo y declara que “La moralidad en una novela es un elemento vital” (p. 124). Conforme a esta actitud los escritos de Torri delatan efectivamente un constante interés por la conducta del hombre y en particular por sus flaquezas. Con acierto Ramón Xirau ha aseverado al respecto que “A una moral cerrada opone Torri una moral abierta, dinámica como la vida misma”.⁴³

2. *El problema de la originalidad*

Frente al fenómeno de las generaciones literarias Torri ha exhibido una postura de ejemplar imparcialidad. Aunque es cierto que sus preferencias persona-

⁴² En conversación con Emmanuel Carballo, Torri dice: “Cualquier idea, cualquier tema que se me ocurren, los apunto. De esta manera se llena uno de papeles. Aproveché algunos y apareció el libro [*De fusilamientos*]”, Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo xx*, Empresas Editoriales, México, 1965, p. 147.

⁴³ “Julio Torri y el significado de la brevedad”, *Julio Torri y la crítica*, p. 24.

les son de “hombre al fin del siglo XIX o del XVIII” (p. 125), siempre se ha mostrado abierto a las nuevas expresiones artísticas y al mismo tiempo ha rechazado categóricamente la idea de que alguna época determinada sea superior a otra. Así, para él, no tiene caso proclamar que los Contemporáneos, por ejemplo, sean inferiores o superiores a los modernistas. Lo único que debe importar es la calidad intrínseca de la obra de arte, la cual con tiempo será reconocida si logra superar las modas pasajeras y si obedece a “las normas supremas del arte puro” (p. 122).⁴⁴ Torri desconfía profundamente de las modas literarias debido a su naturaleza efímera y superficial. El artista que tiene verdadero genio —según él— será capaz de rebasar las particularidades estilísticas de su tiempo para realizar una obra valiosa y original. En cambio, el que sólo se entrega servilmente al estilo en boga será pronto olvidado. Torri cree en la permanencia del arte que aporta algo a la experiencia del hombre por encima de los gustos pasajeros de cierto movimiento o época: “Bajo cualquier moda se descubre el hombre de genio” (p. 122). En realidad Torri se opone a todo lo que limite la libertad expresiva del escritor. Desconfía no solamente de las modas sino también de las profesiones de fe y de las declaraciones de principios. Igualmente ataca la crítica literaria, sobre todo la que “tiene lamentables semejanzas con alegatos de abogado” (p. 124), es decir, la clase de crítica que tan sólo acusa sin ofrecer comentarios constructivos. En suma, se puede apreciar en Torri una gran capacidad de comprensión así como un sincero deseo de estimular todo intento artístico. Sobre todo favorece la renovación y la búsqueda de originales modos de decir. Tal preferencia se manifiesta con nitidez en la siguiente frase: “Obras que renuevan los símbolos y las imágenes con que traducimos nuestro pensar” (p. 121). Así, no nos debe sorprender que, a pesar de su declarada afición a los poetas modernistas, Torri pueda admirar la voz original de un Xavier Villaurrutia, “el mejor poeta mexicano actual”.⁴⁵ En otro escrito Torri había declarado maliciosamente, no obstante, que los viejos tienen la obligación de conocer a los nuevos autores “hasta los de segunda categoría, pero de ningún modo a los de la decimosexta fila” (p. 120).

⁴⁴ Además, Torri advierte que la obra literaria que no fue reconocida en su época será un día descubierta y valorizada por algún erudito, quien evocará “al ingenuo que no se satisfizo plenamente con las ideas de su tiempo, y que las rechazó y superó, en ocasiones sin que lo notaran sus desaprensivos contemporáneos”.

⁴⁵ Carta de Julio Torri a Xavier Villaurrutia fechada el 8 de enero de 1927, reproducida en *Diorama de la Cultura* (suplemento de *Excelsior*), 17 de mayo de 1970, p. 9; y en *Epistolarios*, p. 449.

Aunque Torri anhela en su obra y en la de los demás la originalidad, no se le escapa la noción de que ya poco queda por decir después de tantos siglos de creación. Lamenta el hecho de que él no haya sido de los primeros escritores para quienes todo estaba por descubrir: “cuando florecían en toda su irresistible virginidad aun los lugares comunes más triviales” (p. 37). Una de las inevitables consecuencias de este riguroso concepto de la originalidad puede ser la esterilidad, tema al cual Torri dedicó todo el ensayo titulado “De la noble esterilidad de los ingenios”. En el epígrafe de Baudelaire que encabeza este texto está condensado todo su pensamiento: “... et néanmoins il n’a jamais réussi à rien, parce qu’il croyait trop à l’impossible” (p. 36). Es significativo notar que Torri siente un hondo cariño por la “noble casta” de escritores cuyas mejores obras nunca lograron realizarse. Admira el carácter intangible y fugaz de estas creaciones porque son frutos de espíritus selectos y extremadamente exigentes. Además, se sugiere que estas obras “impregnadas de tan agudo sentido de la belleza” quizá no habrían sido apreciadas por sus lectores. En cierto sentido Torri mismo pertenece a esta clase de autores que en el mejor de los casos producen muy poco. A nuestro juicio la esterilidad que lo caracteriza se debe principalmente a sus elevados ideales estéticos y a su concepto de la originalidad.

Por lo demás, Torri ha aseverado en forma de consejo que al escribir siempre se debe dar la impresión de constante originalidad. Para mantener el interés del lector es imprescindible no repetirse ni agotarse. Ante todo, en el arte hay que cultivar la sorpresa, el misterio y la novedad. Así expresa Torri este ideal al cual siempre se quedó fiel: “Guárdate de descubrir tus rutinas y tus procedimientos y haz creer que tu cerebro no repite jamás sus operaciones y que la tapa de tus sesos es el espacio infinito” (p. 121).

3. *El concepto de la brevedad*

La estética de Torri se manifiesta en su propia producción mediante la brevedad, rasgo que caracteriza el conjunto de su obra literaria, así como cada uno de sus textos. En una admirable prosa Torri ha sintetizado varias de las ideas que hemos comentado hasta ahora y ha aludido también a su preferencia por las formas breves. Por encima de todo ha defendido en “El ensayo corto” la necesidad de ser parco: “El ensayo corto ahuyenta de nosotros la tentación de

agotar el tema, de decirlo desatentadamente todo de una vez” (p. 33). De hecho, esta actitud es totalmente coherente con su rechazo de las expresiones demasiado categóricas y desarrolladas así como con su ideal de la sugerencia delicada y rica en alusiones. Cabe recordar que suele haber en Torri un repudio de todo lo discursivo y lógico para favorecer, en cambio, una visión eminentemente poética. El escritor está convencido de que el poder evocador de la palabra puede captar lo esencial y estimular la imaginación del lector. Según Torri, pues, la “perfección lógica” es un ideal ajeno al verdadero arte y, además, el afán de “llegar a las multitudes” por medio del desarrollo excesivo no compagina con su alto concepto estético. La brevedad del ensayo corto, en cambio, le proporciona el medio ideal para captar “apreciaciones fugaces” y la “delicada fragancia” de una idea o de una vivencia. Con un mínimo de palabras, Torri ha explicado su actitud fundamental así: “el horror por las explicaciones y ampliaciones me parece la más preciosa de las virtudes literarias. Prefiero el enfatismo de las quintas esencias al aserrín insustancial con que se empaquetan usualmente los delicados vasos y las ánforas” (pp. 33-34). En fin, se puede afirmar que el ideal de Torri consiste en expresar en la forma más ceñida posible una verdad profunda y original.⁴⁶

Años más tarde, en 1933, Torri publica “El descubridor”, texto de unas diez líneas que también ofrece una valiosa explicación de su brevedad característica. Por medio de la imagen del escritor como minero se sugiere que al descubrir algo nuevo hay que preservar su belleza y no explotarla con una abundancia verbal. La idea o la intuición, igual que la cantera, no debe ser abusada excesivamente. Según el concepto de Torri el escritor es un “descubridor de filones” y no un vil explotador, y por lo tanto no debe extraer más que lo esencial de las ricas vetas descubiertas. Su fe en este ideal es innegable cuando exclama: “qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir la última conclusión posible de verdad, esterilizándola” (p. 57).

A través de este examen de los conceptos suscritos por Julio Torri se puede constatar que el coahuilense es un escritor excepcionalmente lúcido, serio y exigente. De manera especial su programa estético trae ecos del de Ramón López Velarde, quien en los mismos años abogaba también por muchos de los mismos ideales. No hace falta decir que ambos escritores no sólo fueron

⁴⁶ Al respecto Torri dice: “A mí siempre me gustó ser muy conciso [...] me gustaba que fuera poco, pero muy meditado, buscar así la perfección”, en Luis Terán, “Habla Julio Torri: Lo bueno si breve dos veces Torri. Entrevista”, *El Gallo Ilustrado* (suplemento de *El Día*), 30 de mayo de 1969, p. 1.

excelentes amigos sino que supieron reconocer en seguida el valor y la originalidad de la obra del otro.⁴⁷

4. Afinidades literarias

Desde muy joven Julio Torri, impulsado por su madre, descubrió su gusto por la lectura, afición a la cual dedicó toda su vida. Como se ha de esperar, sus primeras lecturas fueron los clásicos españoles. En particular le atraía la prosa castiza de Cervantes, Alarcón y Larra. Al evocar sus años en el Ateneo, Torri ha hecho hincapié no solamente en que “trataba de escribir artículos humorísticos” sino en que su “autor favorito era Larra”.⁴⁸ Aunque no se elabora esta particular predilección, es fácil entender que el mexicano se sentía atraído por el estilo claro y el espíritu crítico del fino prosista español. En su manual *La literatura española* hace resaltar, entre las admirables cualidades de Larra, la ironía, la gracia y sobre todo “un cosmopolitismo y un sentido de lo nuevo y moderno muy de notarse”.⁴⁹ Al afirmar que algunas de las páginas de Larra son dignas de un Balzac o de un Lamb, Torri muestra su profunda admiración ya que los dos autores mencionados ocupan un alto lugar entre sus preferencias literarias. Por otra parte, si bien es cierto que la literatura medieval española siempre gozó de suma importancia en la vida de Torri —recordemos que para él esta materia fue objeto de estudio y enseñanza durante años—, no cabe duda de que también se identificó plenamente con las letras francesas e inglesas. En repetidas ocasiones, por ejemplo, se ha referido a los humoristas ingleses y de ellos ha dicho que “son los que estimo más”.⁵⁰ De Charles Lamb le fascina en particular su “ironía exquisita” (p. 138), la cual explica la gran afinidad que siente Torri con este ensayista inglés. Además, sabemos que ha leído toda su obra y que le “ha tentado mucho escribir ensayos cortos”⁵¹ a la manera de

⁴⁷ Ramón López Velarde escribe el 26 de febrero de 1916: “Tampoco he querido [...] zurcir un ensayo, pariente (de lejos siquiera) de los que debemos a la maestría de Julio Torri”, en Ramón López Velarde, *op. cit.*, p. 386. Unos años más tarde al reseñar *El plano oblicuo* de Alfonso Reyes, se refiere de nuevo a Torri y lo incluye “En el grupo de nuestros buenos prosistas” (*México Moderno*, 1º de diciembre de 1920), *ibid.*, p. 509. Por su parte, Torri publica en *La Nave* (mayo de 1916) una breve pero acertada nota sobre *La sangre devota* donde destaca la “originalidad no rebuscada” de algunos poemas y sobre todo asevera que “López Velarde es nuestro poeta de mañana” (reproducida en *Diálogo de los libros*).

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ Julio Torri, *La literatura española*, FCE, p. 333.

⁵⁰ Carmen Galindo, *art. cit.*, p. 39.

⁵¹ *Idem.*

Lamb. Y más adelante reconoce su interés por espíritus afines: “Me gustan los autores que me estimulan a escribir”.⁵² Aunque en menor grado hay que notar que también le ha atraído la obra de Oscar Wilde. Torri se ha referido a éste especialmente en un artículo de 1913 motivado por el hecho de que en París se había prohibido la inauguración de un monumento al conocido escritor porque “era ofensivo para la moral pública”.⁵³ Lo interesante no es tanto la actitud liberal que exhibe Torri sino su entusiasta admiración por el “brillantísimo” ensayista, quien pronto, según pronostica, será muy apreciado. Efectivamente, tres años más tarde, en 1916, Efrén Rebolledo da a conocer en versión castellana las *Intenciones* de Wilde, libro que en seguida reseña Torri bajo el seudónimo de *Mr. Bunbury*.⁵⁴ Éste felicita a su amigo traductor porque gracias a él “las exquisitas paradojas y sutiles ironías del infortunado Wilde” serán ahora asequibles al público mexicano y, además, constata con placer que “El culto al brillante escritor comienza a ponerse de moda entre nosotros”. Vuelve a pronosticar que aumentará su fama y que su influencia no dejará de ser benéfica. Wilde abrirá los espíritus y sobre todo “renovará la viciada e irrespirable atmósfera en que florecen lánguidamente nuestros intelectuales”. Para Torri *Intenciones* es la obra clave del elegante escritor, quien ha formulado en esas páginas sus conceptos estéticos, los cuales “son aun el evangelio de cuantos laboran en pro de un propósito puramente artístico”. Indudablemente el joven mexicano encontró una valiosa fuente de inspiración en el credo artístico de Wilde y en su actitud irónica. Años más tarde, cuando se le pregunta acerca de la influencia de Wilde en su obra, Torri hace el siguiente comentario: “Antes sí, pero ahora no me influye Wilde. Pero me influye otro inglés que es Charles Lamb. Tal vez porque es más sustancial que Wilde”.⁵⁵ Entre otros autores de lengua inglesa que gustaron a Torri cabe mencionar a Swift, Huxley y Shaw. Le interesaba la obra de este último “por la brevedad y concentración de su prosa”,⁵⁶ cualidades siempre muy estimadas por Torri como ya hemos visto. Es oportuno tener en cuenta que fuera de los minoristas ingleses Torri también ha destacado la importancia de Heine (a quien tra-

⁵² Carmen Galindo, art. cit., p. 39.

⁵³ “Un monumento a Oscar Wilde”, *Revista de Revistas*, 27 de abril de 1913, p. 1, reproducido en *Diálogo de los libros*.

⁵⁴ *Revista de Revistas*, 1º de octubre de 1916, p. 12, reproducido en *Diálogo de los libros*.

⁵⁵ Galindo, art. cit., p. 39.

⁵⁶ Carballo, *op. cit.*, p. 143.

dujo en 1918)⁵⁷ y ha señalado en varias ocasiones que su propia obra procede, entre otras lecturas, de la de este poeta alemán, cuyo fino humorismo le encantaba de manera especial.⁵⁸

Por otra parte, es importante tener en cuenta que Torri fue un gran conocedor de la literatura francesa. No solamente dio clases de esa materia sino que logró formar una de las bibliotecas más selectas de México en cuanto a libros franceses. Entre sus autores predilectos sobresalen Balzac, Baudelaire, Verlaine, France y Proust y al mismo tiempo, dado su interés por el poema en prosa, no es de extrañar que Torri haya tenido en mucho las delicadas fantasías de Aloysius Bertrand, así como las poéticas prosas de Marcel Schwob quien, según el propio Torri, “es uno de los escritores modernos más atractivos que he tenido la oportunidad de estudiar y al que he tenido siempre presente”.⁵⁹ Recordemos que poco después de la aparición de *Ensayos y poemas* (1917) se publica en la colección “Cvltvra” un tomo que reúne *Mimos* y *La cruzada de los niños* de Schwob. La traducción estuvo a cargo de Rafael Cabrera quien, además, dedicó el volumen a Torri con estas palabras: “Ofrezco esta versión a Julio Torri, que me inició en el conocimiento de Marcel Schwob”. Vale señalar que el depurado estilo y el fino espíritu de este prosista francés influyeron notablemente no sólo en Torri sino también en sus compañeros Alfonso Reyes y Mariano Silva y Aceves. Igualmente, pero más tarde, Juan José Arreola sintió la misma atracción por el autor de las *Vidas imaginarias*.

Por lo que respecta a la presencia de autores latinoamericanos en la obra de Torri salta a la vista su preferencia por los mexicanos. Sus artículos y reseñas revelan que sólo en muy contadas ocasiones se ocupó de los otros. De hecho, conocemos únicamente un breve comentario sobre Ventura García Calderón, el prosista y crítico peruano, y un artículo sobre el brasileño Joaquín María Machado de Assis.⁶⁰ En el caso de este último observamos que Torri encuentra en él un espíritu “afín con los humoristas ingleses del siglo XVIII” (p. 141) y sobre todo “un melancólico y un irónico” (p. 140). Por lo visto el brasileño y el mexicano comparten una parecida filosofía escéptica matizada por el humor y la ironía, además de ser los dos penetrantes observadores del alma humana.

⁵⁷ *Las noches florentinas*, Cvltvra, México (VII, núm. 3), 1918.

⁵⁸ Galindo, art. cit., p. 43.

⁵⁹ *Espéjo*, 1^{er} trimestre de 1969, p. 44.

⁶⁰ En una entrevista, no obstante, Torri alude rápidamente a otros escritores hispanoamericanos: “Conocí personalmente a Lugones; su obra me interesa. Sigamos con los poetas: admiro a Enrique Banchs, a Guillermo Valencia, a José Asunción Silva. Entre los prosistas: a Rodó”, en Carballo, *op. cit.*, p. 144.

En cuanto a la literatura mexicana Torri se ha limitado a comentar la obra de los integrantes de su propia generación y de la anterior (la modernista). A ésta se recordará que le dedicó su amplio estudio *La Revista Moderna de México* con el cual entró a la Academia Mexicana de la Lengua en 1954. En otras ocasiones se ha referido también a Justo Sierra, Luis G. Urbina, José Núñez y Domínguez, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde, Rafael López, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, José Juan Tablada y en particular a sus íntimos amigos Alfonso Reyes, Mariano Silva y Aceves, y Carlos Díaz Dufoo Jr., con quienes compartió no pocas afinidades espirituales y literarias. De hecho, desde los días estudiantiles de la Escuela Nacional de Jurisprudencia empezaron a desarrollar los mismos gustos por los clásicos antiguos y castellanos, por los ensayistas y humoristas ingleses, y por los escritores franceses. De manera general los acercaba un parecido espíritu irónico, humorístico, sutil y selecto. Dadas estas coincidencias no es de sorprender que particularmente en el caso de Mariano Silva y Aceves sus poemas en prosa y sus estampas se parezcan a los de Torri. Con acierto, Antonio Castro Leal,⁶¹ quien trató mucho a ambos especialmente en su juventud, ha subrayado este interesante parentesco y ha recordado la honda admiración que sentía Torri por los textos originales de Silva y Aceves. En efecto, parece que el coahuilense fue su “más entusiasta propagandista en México [...] por los años 1910-1913”.⁶² Cabe agregar que por lo menos en dos ocasiones Torri se ha ocupado de la obra de su “amigo inapreciable”. Primero en 1921 a raíz de la publicación de *Anímula* escribe una elogiosa reseña para *México Moderno*⁶³ en la cual hace hincapié en su “dulce calor de simpatía humana”, su “piedad infinita” y su tono humanístico e irónico. Por otra parte, aplaude su inspiración profundamente mexicana y su penetrante tratamiento del tema. Luego, en 1937,⁶⁴ con motivo del fallecimiento de su compañero, Torri ensalza de nuevo la originalidad de su prosa y reconoce, entre otras apreciaciones, que los dos son “espíritus afines”. Así, vuelve a entusiasmarse por los “poemas exquisitos en prosa” del michoacano y destaca en su último libro, *Muñecos de cuerda* (1936), la nota fantástica y la extraña mezcla de “lo absurdo con lo cotidiano”. Y no vacila en aseverar que algunos de estos

⁶¹ Prólogo a Mariano Silva y Aceves, *Cuentos y poemas*, UNAM, México, 1964, pp. v-xxii.

⁶² *Ibid.*, p. x.

⁶³ 1º de diciembre de 1920, pp. 321-322. Véase el apéndice 1.

⁶⁴ *Letras de México*, 16 de diciembre de 1937, pp. 1-2, reproducido en *Diálogo de los libros*.

textos “deben incluirse en las crestomatías entre lo mejor que se ha producido entre nosotros en punto de cuentos”. Ambos productos del Ateneo de la Juventud y por lo tanto muy influidos por las enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña, Torri y Silva, son escritores que pertenecen a la misma familia espiritual y en cuyas obras se encuentran algunos de los mismos rasgos, a saber, la brevedad, la concisión, lo esencial, lo imaginativo y lo poético en prosa.

Otro espíritu muy afín al de Torri es seguramente el malogrado Carlos Díaz Dufoo Jr., quien ha dejado una obra sumamente parca pero de indudable valor.⁶⁵ Con sincera admiración Torri ha destacado en él su alto concepto del arte, su impresionante erudición filosófica y su apasionada entrega. Además, ha formulado en las siguientes sucintas apreciaciones acerca del autor de *Epigramas* (1927) una admirable síntesis que podría aplicarse perfectamente a buena parte de su propia obra: “Padeció el horror del verbalismo y frecuentemente vuelca su meditar en centelleantes aforismos. Su expresión es concentrada, límpida” (p. 159). Cabe notar que los ideales estéticos suscritos por Díaz Dufoo Jr. coinciden en muchos puntos con los de Torri. Para aquél el arte no debe depender de los gustos del público, y por encima de todo el artista debe ser fiel a sí mismo y no caer en la trampa del fácil triunfo con “obras sin honradez y pudor”. Los dos abogan por un arte aristocrático, sugerente y esencial. También el epigramista anhela la perfección y por lo tanto no teme la esterilidad. Por otra parte, es posible observar que las notables coincidencias que existen entre ambos prosistas no sólo conciernen a su doctrina estética sino también a ciertas actitudes fundamentales ante el mundo y la vida. Por ejemplo, los dos dudan de la eficacia de la razón humana en un mundo básicamente ilógico y absurdo. En realidad al defender el concepto de una libertad total del espíritu repudian todo lo que pueda impedir la realización de este ideal. Asimismo señalan con ironía las constantes paradojas de la existencia humana y denuncian los falsos valores, la superficialidad y el materialismo de nuestra época. Según esta visión el hombre se ha alejado de lo verdaderamente importante y ha echado a perder su vida en actividades fútiles y engañosas. Díaz Dufoo Jr. y Torri no se cansan de abogar por la individualidad, la autenticidad y la plenitud espiritual. Más que con cualquier otro escritor de la época, Torri tiene con Díaz Dufoo Jr. unas profundas afinidades tanto por

⁶⁵ Véase nuestra edición de las *Obras* de Carlos Díaz Dufoo Jr. y Ricardo Gómez Robelo, FCE, México, 1981.